

> TRIBUNA / JULIÁN CARRÓN

La ternura de Dios por el hombre

HAY una frase de Dostoievski que me está acompañando en estos meses, a la hora de hablar del cristianismo a personas muy diferentes, tanto en Italia como en el extranjero: «Un hombre culto, un europeo de nuestros días, ¿puede creer, creer verdaderamente, en la divinidad de Jesucristo, el Hijo de Dios?». Esta pregunta es un reto para cada uno de nosotros. De cómo se responda a ella depende el éxito de la fe en nuestros días. En un discurso de 1996, el entonces cardenal Ratzinger respondía que la fe seguirá siendo válida hoy «porque se corresponde con la naturaleza del hombre. En el hombre hay un anhelo y una nostalgia inextinguibles de lo infinito». Y además indicaba la condición necesaria: para poner de manifiesto todo el alcance de su pretensión, el cristianismo necesita encontrar la humanidad que late en cada uno de nosotros.

Y, sin embargo, cuántas veces sentimos la tentación de mirar nuestra humanidad concreta –por ejemplo, nuestro malestar, insatisfacción, tristeza, o aburrimiento– como un obstá-

culo, como una complicación y un estorbo para la realización de lo que deseamos. Por ello, nos enfadamos con nosotros mismos y con la realidad, y el peso de las circunstancias nos abruma, mientras tratamos de avanzar dejando de lado ciertos «aspectos» de nuestro yo. Sin embargo, el malestar y la insatisfacción no son síntomas de una enfermedad que se pueda tratar, como cada vez más sucede en una sociedad que confunde la inquietud del corazón con el pánico o la ansiedad. Estos síntomas, por el contrario, son señales de cuál es la naturaleza de nuestro yo. Nuestro deseo es más grande que el universo entero. La percepción de un vacío en nosotros y en lo que nos rodea, de la que habla Leopardi («carencia y vacío»), y el aburrimiento del que habla Heidegger, prueban la condición ineludible del corazón humano, el carácter inconmensurable de nuestro deseo: nada consigue darle satisfacción y paz. Podemos olvidarlo, traicionarlo, engañarlo, pero no podemos extirparlo.

Por ello, lo que obstaculiza el camino no es nuestra humanidad concreta, sino el descuido de la misma. Nuestro ser pide a gritos algo que

pueda colmar este vacío. Lo intuyó incluso Nietzsche, que no pudo evitar dirigirse al «dios desconocido», que hace todas las cosas: «Me quedo solo, levanto mis manos / (...) al dios desconocido: / (...) concerte quiero a ti, el Ignoto, / que penetras mi alma hasta el fondo, / como tempestad sacudes mi vida, / inaferrable y sin embargo ¡semejante a mí!» (1864).

La Navidad es el anuncio de que este misterio desconocido se ha convertido en una presencia familiar, sin la cual nadie podría mantenerse a la altura de su humanidad, pues sucumbiría a la confusión, viendo como se descompone su yo. «Sólo lo divino –en efecto– puede salvar al hombre, es decir, las dimensiones verdaderas y esenciales de la figura humana y de su destino» (don Giussani).

El signo más persuasivo de que Cristo es Dios, su mayor milagro, lo que asombraba a todos –más que las dolencias sanadas o la ceguera curada– era una mirada humana incomparable. El signo de que Cristo no es una teoría ni un conjunto de reglas es esa mirada de la que están llenos los Evangelios: su forma de tratar la humanidad de cada persona, de rela-

cionarse con todos los que se encontraba. Pensemos en Zaqueo o en María Magdalena: no les pidió que fueran distintos, los abrazó tal como eran, con su humanidad herida, sangrante, necesitada de todo. Y su vida, al verse abrazada, recobraba toda su estatura original.

¿Quién no desearía verse mirado así ahora? De hecho, «no podemos querernos a nosotros mismos si Cristo no es una presencia como la madre lo es para su hijo. Si Cristo no es una presencia ahora, no puedo amarme, ni puedo amarte a ti ahora» (don Giussani). Esta sería la única manera de responder, razonable y críticamente, como hombres de nuestro tiempo, a la pregunta de Dostoievski.

Pero, ¿cómo sabemos que Cristo vive ahora? Porque su mirada no es un hecho del pasado. Sigue en el mundo tal cual: desde el día de su resurrección, la Iglesia existe sólo para que el hombre pueda experimentar la ternura de Dios, a través de las personas que son su cuerpo misterioso, testigos de esa mirada capaz de abrazar todo lo humano.

J. Carrón es presidente de Comunión y Liberación.